

ANA JULIA BONETTO y MARTÍN BONETTO

Hubo una vez un patio



ANA JULIA BONETTO y MARTÍN BONETTO

Hubo una vez un patio

Hoy, este libro es nuestra casa.

Nuestro patio.

Ese lugar donde deberíamos haber charlado, dibujado,
jugado, reído, caído, golpeado la cabeza, llorado...,
y donde, con un abrazo, se nos pasaba todo.

Ese patio nos fue robado, esos abrazos también.

El terrorismo de Estado nos arrebató la familia,
la infancia, el tiempo compartido con mamá y papá.

Nos robaron la vida juntos.

Hoy, este libro es todo eso.

Es nuestro hogar.

Nuestra familia.

Nuestra historia.

Colaboración editorial: Roly Villani

 Planeta

Hube una vez un patio
con paredes desnudas
algunes pastes verdes
y una zanja...
un niño gris descalzo
dueño de la vereda
y de un pedazo de sel
que en cuetas
se acercaba....
tuve una estrella también
la más chiquita
se la dejaren per vieja
per gastada.....
alguien dije "total...
ya ni casi alumbraba"
y el pibe se la quedé.
se la guardé en la manga.
la sacaba de noche
cuande tiritaba.
la miraba un pequite, ~~xxxxxx~~
se la pasaba de mane
y una vez per semana...
hasta la besaba
"a ver si es come el pan
y también se me acaba"
y fue rodande el tiempo
se berraren los sueños
la estrella de tante ~~xxxxxx~~
pasar hambre
se quedé dermidita....

Ni una luz, ni señal
y el sol tan ecupade
con los que pueden
balcón, ventana grande...
y el niño gris, fue Gris
de niño pasé agrite
de grite, pasé a sangre
blequeades les camines, ~~no pude con estrellas~~
ne pude con estrellas.
mira para adelante,
con edi ~~con~~ ...centernura
ya carga su fusil.

Anna Maria Mobili

27-IV-71

Texto de Anna María Mobili, mamá de Ana Julia y
Martín, del cual surge el título del libro. Anna los
escribía a mano y su hermana Alejandra los pasa-
ba a máquina.

Martín y Ana Julia

Martín: Quiero que hagamos este libro no solo para contar nuestra historia, sino para descubrirla. Para ver si hay en mí algo de papá y mamá.

Ana Julia: Yo necesito un lugar físico para los cuatro. Estuvimos solo dos meses los cuatro juntos. Necesito ese lugar. Un libro es un espacio donde podríamos estar juntos para siempre.

Martín visitando a Ana Julia por su cumpleaños,
llevado por su abuela Mamama, madre de Anna.
Olavarría, 1979.





Anna, Roberto y Martín en una de las pocas fotos familiares que se conservaron. Cuando fueron secuestrados, se llevaron todo: objetos y recuerdos. Olavarría, 1976.

Martín, de quince meses, quedó con un pantaloncito corto de pijama y Ana Julia, que tenía cuarenta días, con pañales y bombachita de goma, cuando secuestraron a sus padres.

José Roberto Bonetto Rovida y Anna María Mobili Gandolfo de Bonetto tenían 33 años. Fue el 1 de febrero de 1977, verano y plena dictadura militar.

Los hermanos fueron llevados con los Leguizamón, unos vecinos muy mayores que vivían en la casa de atrás.

Como las horas pasaban, los Leguizamón empezaron a preocuparse: no tenían nada para darles de comer. Unos milicos se habían quedado haciendo guardia en la puerta, y el hombre les pidió autorización para ir hasta el almacén de la esquina a comprar leche, pero aprovechó esa oportunidad para llamar a Alejandra, hermana de Anna.

El del vecino es uno de los mil actos de heroísmo que recorren este relato.

Alejandra Mobili, hermana de Anna

Cuando pasó lo de Anna y Roberto, fui con mi hermano a buscar a los chicos. Nos llevó Jorge, un amigo, pero antes pasamos por la comisaría para ver qué era lo que pasaba, a pedir alguna autorización. Les explicamos todo a los policías y ellos dijeron: “Sí, sí vayan, no hay problema”. Cuando llegamos a la casa de mi hermana Anna, no hice más que bajar del auto y me encontré en el suelo con un arma gigante apoyada en la cabeza. A los tres nos tiraron al piso, a mí me pusieron un pie en la nuca. La casa tenía una entrada con un pasillo y había un departamento atrás del otro en planta baja. Nos llevaron al departamento que estaba desmantelado, hasta la puerta de la heladera estaba arrancada. Alcancé a ver el botiquín del baño sin el espejo. Una semana atrás le había regalado a mi hermana Anna una bolsa de hilo tejida al crochet. Con esa bolsa me ataron las manos. A Roberto y a Jorge se los llevaron enseguida. Y a mí me dejaron ahí con dos hombres que me preguntaban si yo sabía lo que pasaba en esa casa. “No, no sé nada”. Y de verdad no sabía nada. Sabía que militaban, pero ellos tampoco contaban mucho.

Me vaciaron la cartera, me vendaron los ojos, me sacaron y me metieron en un auto. Dimos unas vueltas y me llevaron a un lugar que a mi entender estaba lleno de gente en la misma situación que yo. Me dejaron en el piso, siempre con los ojos vendados. Después alguien me hizo sentar en una silla y me ató las manos atrás. A las dos horas me dolía todo. Serían las tres, o cuatro de la tarde. A todo esto, mi marido no sabía nada. No alcancé a avisar a nadie. Solo a mi mamá. Estuve así hasta las diez de la noche aproximadamente; cada tanto se oía un grito. Alguna chica que decía: “Quiero hablar con mi mamá, déjenme hablar con mi mamá”.

En un momento se me acercó un conscripto, digo, porque tenía voz de joven. “¿No quiere ir al baño?”. “No, no quiero, quiero que me

desates las manos”. “Bueno, se las voy a atar adelante, pero prométeme que no se va a sacar la venda”. ¡Ay, el dolor que tenía! Y también tenía miedo. No escuchaba ni a Roberto ni a Jorge. No sabía si estaban ahí. El conscripto me ató las manos adelante y yo no intenté correrme la venda. Estuve desde las tres de la tarde hasta pasado el mediodía del otro día. Sin moverme ni para ir al baño. A la mañana siguiente pregunté: “¿Cuándo nos van a soltar?”. A la una de la tarde me dijeron: “Va a venir el coronel”, o algo así. Me llevaron de un brazo a una oficina. “¿Esto es suyo, esto es suyo?”, y me mostraban lo que tenía guardado en la cartera. Les dije: “Sí, es mío”. Y en mi inocencia les pregunté: “¿Y el reloj y la cadenita?”. “No, eso no está”. Me soltaron y me pusieron en un auto en el que estaba también mi hermano Roberto. En un momento nos dijeron: “Abra y se tiran”. Y nos tiramos con el auto andando.

Como nuestro amigo Jorge no aparecía, su esposa llamó a su cuñado, un abogado conocido, y le dio la dirección de la casa de Anna y Roberto, su marido.

El abogado fue, tocó timbre y resultó que uno de los milicos que estaba ahí en la casa de mi hermana le había comprado un auto. Una casualidad impagable. “¿Qué hace acá, doctor?”. Y él le dijo: “A mi cuñado lo llamaron no sé de dónde porque tenía que venir a buscar a unos hermanos acá”. “¿Los chicos? Tome”, le dice el milico. Y el abogado le llevó los chicos a mi mamá. Y así fue que los recuperamos.

Enseguida vino Kela, hermana de Roberto Bonetto, desde Olavarría a La Plata. ¿Qué hacemos? El razonamiento fue: Martín tenía 15 meses y ya conocía a su abuela, mi mamá, y a mí. Kela dijo: “Me llevo a Ana Julia que no conoce a nadie, no va a extrañar tanto como si lo llevara a él. Hagamos esto hasta que vuelvan Anna y Roberto”. Así fue como los separamos. Pensándolo ahora, jamás volvería a hacerlo. Pero hicimos lo que pudimos.

Martín

“Hola soy Martín Bonetto, mis papás son desaparecidos, nació el 9 de julio, tengo pie plano y espina bífida, así que me salvo de la colimba”. Esa era la manera automática que tenía de presentarme cuando era chiquito. Desde siempre supe mi historia. Lo de la espina bífida no sé de dónde lo saqué. Cuando me preguntaban con quién vivía contestaba de nuevo automáticamente: “Tengo una hermana biológica que se llama Ana Julia, pero vive en Olavarría con la familia de mi papá. Yo vivo en La Plata con mis tíos por parte de mi mamá. Mis tíos son como mis papás. Y tengo dos primos, Tití y Fede, que son como mis hermanos”. Seguido a eso venía otra aclaración automática: “Mi abuela o mi mamá me llevan a ver a mi hermana Ana Julia y otras veces ella viene a visitarme”. Después, de grande, como excusándome por el poco trato que tenía con Ana Julia, decía que el encuentro dependía de nosotros y yo era un desastre.



Martín, de unos 3 años, en la casa de la familia Boué, amigos del barrio, en La Plata. La foto la tomó Fabián, el hijo mayor, quien muchos años después le entregó a Martín su diploma de diseñador gráfico.

Querida Ana Julia:

Te mandé un beso grande para vos,
para tía Kela, María y Gabriel.

Pronto te voy a ir a visitar

Martín.

Finalmente voy a empezar a venir más
seguido, porque me sentí muy cómodo,
para que nos reamos más y porque al fin
le perdí el miedo a los subtes, a los coles
y a las escaleras mecánicas.

Bueno te dije muchas cosas y escribíme
cuando llegues así me contás como te fue.

Tuvimos que poner nos los pils para
conversar un poco más.

Te quiero mucho

Tu hermana Ana

Dos cartas: una escrita por Martín a Ana Julia cuando estaba en la
primaria y otra que Ana Julia escribió a Martín ya en la facultad.



Ana Julia en Olavarría, 1981.

Ana Julia

Mi primer recuerdo es yo sentada dibujando la casa en la que íbamos a vivir cuando volvieran. Pero para mí era un problema que mis papás volvieran porque pensaba: “¿Dónde voy a dejar a estas viejas?”. Porque voy a querer irme con ellos, pero no las voy a dejar... Entonces dibujaba cómo iba a ser esa casa, una casa en la que entráramos todos. La abuela acá, mis papás allá. Cada vez que yo traía algo de esto, mi abuela se ponía muy mal: “¿Entonces yo qué soy, un trapo de piso?”, me decía. Era esta cosa ambigua de, por un lado, siempre recordarlos, pero cuando me ponía mal y quería que vengan, ellas se enojaban tristes.

Martín y yo tenemos una especie de culpa. “¿Qué hicimos, por qué nos dejaron? ¿No éramos importantes?”. Un niño no entiende de militancias, pero después entendés que militar es lo más grandioso que hicieron. Cuando sos chico querés la teta, la leche, querés que te peinen. Todo eso lo hicieron mi tía y mi abuela.



A esta casa tal vez la dibujé con Mariana..., una compañerita mía del primario que tenía siempre olor a meo viejo, pero los mejores lápices de colores; entonces yo no respiraba y me sentaba con ella a dibujar. Su abuela nos cosía los vestidos para las muñecas articuladas. La mañana que la encontraron flotando boca abajo en el arroyo Tapalqué yo entré a su cocina y arriba de la mesa ella nos había dejado dos vestiditos terminados. Agarré el turquesa y rocó y puntilla amarilla. Crucé a casa, se lo puse a mi Barbie y no la toqué nunca más...

Alejandra, hermana de Anna

Fue terrible cuando en 1983 comenzó a escucharse que estaban apareciendo nietos. Recuerdo una vez que Martín estaba haciendo los deberes en el comedor y me preguntó: “Si papá Roberto y mamá Anna vuelven, ¿yo qué tengo que hacer? ¿Con quién me voy?”. Y yo le dije: “Anna es mi hermana, vamos a vivir todos juntos”.



La Plata, de agosto de 1983
Querida mamá: ~~te quiero mucho~~

Estoy muy contento porque
ya puedo escribir una carta y esta primera la escribo
~~para mamá~~ ~~te quiero mucho~~

Quiero decirte que procuro ser un buen alumno y
cumpli con mi tarea para ser un buen hijo y
que te sientan orgullosos de mí.

Te quiero mucho

Martin